

TARTESSOS: LA EDAD DEL BRONCE FINAL EVOLUCIONADO (1.200 – 500 a.C.)

Estos poblados neolíticos semiestables, junto a otras culturas que fueron concluyendo en la región, dieron origen a la civilización tartésica, allá por el año 1.200 a.C., cultura ésta que también tuvo repercusión en nuestra comarca aljarafeña, aunque como hemos dicho anteriormente las referencias que existen de Umbrete en periodos tan tempranos de la historia, son bastante escasas. No obstante, dado que esta cultura se desarrolló en localidades muy próximas, puede conllevar la idea de que nuestra localidad, que estaba en su radio de actuación, sucumbiera también a los tartesios.

Mucho se ha investigado sobre la posible ubicación de la mítica ciudad de Tartessos. Lo cierto es que actualmente, al igual que se progresa en el conocimiento de aspectos sobre la civilización tartésica, su cultura, relaciones comerciales con otros pueblos (tanto vecinos y como lejanos de Oriente), distribución geográfica, posible lengua y caracteres atribuibles a ella, etc, poco o nada se sabe aún sobre la posible localización de la ciudad más importante, o capital, de tan floreciente civilización. Tampoco se sabe mucho sobre el fin de Tartessos, que según los autores, se data allá por entre el 650 y 500 a.C.

Esta civilización a la que conocemos por historiadores griegos y latinos clásicos como Herodoto, Estrabón y Plinio el Viejo, es uno de los capítulos más sugestivos e importantes de nuestra Historia Antigua. Tartessos es una civilización protohistórica fundamental que además actúa como catalizador de las colonizaciones fenicia y griega a las que se halla íntimamente vinculada. A Tartessos corresponden fenómenos de gran importancia cultural, como son el origen de la escritura occidental, el desarrollo de una agricultura superior y el origen de la ciudad; en definitiva, el de la civilización urbana, con sus implicaciones sociales, políticas, económicas e ideológicas.

En la cúspide de su estructura social se hallaba la figura de un monarca, como el popular Argantonio, representante de una forma suprema de poder que los estudios modernos tienden a caracterizar como monarquía sacra, esto es, un poder sacralizado que se transmitía en el seno de una dinastía familiar, legitimado por prácticas de culto dinástico, conocidas también en las primeras etapas históricas de otras culturas principales del Mediterráneo, como la etrusca. No obstante, hay aún teorías que defienden que la religión tartésica fue politeísta. Bajo esta jerarquía, seguramente con pocos escalones intermedios, se hallaba una amplia masa social casi desprovista de derechos —campesinos, artesanos, mineros—, base de un sistema calificado por algunos investigadores como de servidumbre comunitaria.

Tartessos (o Tartesos) fue un antiguo reino del suroeste de la Península Ibérica, que se extendía en los primeros siglos del I milenio a.C. por parte de la actual Andalucía, con una floreciente capital ubicada en algún punto impreciso próximo a la desembocadura del río Guadalquivir (el río Tartessos), correspondiendo a lo que hoy son las marismas, colmatadas por los arrastres aluviales del río, en el actual Coto de Doñana.

A pesar del alto contenido legendario que siempre se le atribuía a este pueblo, en cuyo territorio las antiguas tradiciones cristianas señalaban que fue el primer espacio poblado tras el Diluvio Universal que se menciona en la Biblia, Tartessos no era un mito, sino una realidad específica. Los mercaderes focenses y fenicios así lo comprobaron. Fue considerado como el primer organismo socio-político que supo aglutinar en forma de Estado antiguo a todas las formaciones históricas de Andalucía, en la primera demarcación política y social común, regido por una monarquía humana, dentro de un mismo espacio geográfico. Se le considera como el más antiguo Estado del occidente prerromano, con una sociedad fuertemente organizada y con un gran desarrollo económico (que tuvo gran proyección en todo el Mediterráneo) y cultural. La extensión geográfica de la cultura tartesia (correspondiente al Bronce Final evolucionado) abarcó principalmente las actuales provincias de Huelva, Sevilla y Cádiz.

El Estado tartésico fue un país fértil en toda clase de frutos, riquísimo en oro, plata, hierro y estaño, y abundante en ganados, que entre los griegos simbolizaba aún la riqueza. Sus orígenes son oscuros, y hay que pensar en una larga evolución local, tal vez a partir de la cultura megalítica del calcolítico y la Edad del Bronce (que sucede a la del Cobre), tomando como punto de partida las culturas de El Agar y Los Millares, pero hay que tener cuidado, ya que éstas se sitúan en Almería. Pero en el siglo V a.C., las gentes que habitan el sur peninsular están en un estado poco evolucionado socialmente, si se le compara con lo que ocurre en el otro extremo del Mediterráneo. Por ello, otra hipótesis que explica la aparición y desarrollo de la cultura tartésica se basa exclusivamente en el fenómeno colonial fenicio, que incidió decisivamente sobre la población local neolítica, y en especial sobre la cultura megalítica de Los Millares. Esto se basa en la idea de que la mayoría de los elementos que definen a Tartessos son mediterráneos, y que en su última época estuvo abierto a influencias orientalizantes (fenicios, cretenses, focenses, etc). Aunque los investigadores no se terminan de poner de acuerdo al estudiar este pueblo, hoy día se tiende a aceptar que su origen fue una mezcla de estas dos teorías: la evolucionista autóctona y la colonial fenicia, que supo adaptarlas sabiamente a su propia idiosincrasia.

Existen dos épocas diferenciadas en la cronología tartésica, y cuyo punto de inflexión es el asentamiento de los fenicios en las costas andaluzas. La primera fase (periodo geométrico) iría desde finales del siglo X a.C. hasta aproximadamente el siglo VIII a.C, y coincidiría con el Bronce Final Tartésico. La segunda fase o época orientalizante abarca desde el siglo VIII a.C. hasta el VI a.C.

Los emplazamientos de los poblados en el ámbito del Bronce Final Tartésico se producen en zonas elevadas, aunque no es característica definitoria. Lo que sí lo es, es su proximidad a las vías marítimas y terrestres que intercomunican puntos metalúrgicos.

De la importante civilización tartésica dan fe los importantes yacimientos arqueológicos de Mesa de Asta (Jerez), Cabezo de la Joya (Huelva), y en el Aljarafe, los del Cerro del Carambolo, en la localidad sevillana de Camas. Las viviendas de estos poblados están formadas por cabañas de planta oval y circular con alzado de adobe o tapial y cubrición con material vegetal y, por tanto, perecedero. Este tipo de edificaciones se ha constatado en la mayoría de los yacimientos tartésicos protagonistas de la época, como son Setefilla (Sevilla) y el del Carambolo (Camas), poblados cuya fundación data de los siglos X-IX a.C.

La meseta del Aljarafe, que limita al poniente el valle inferior del Guadalquivir, presenta sobre la vega de Triana un conjunto de pequeñas elevaciones, también llamadas carambolos, que son el resultado de los bordes más escarpados de la meseta. Entre dos de estos cerros, el de San Juan de Aznalfarache y el de Santa Brígida, se encuentra situado El Carambolo por antonomasia, a tres kilómetros de Sevilla, dominando el barrio de La Pañoleta, donde se dividen las carreteras a Huelva y a Mérida. Su altitud es de 91 m. sobre el nivel del mar y 60 m. sobre la vega de Triana. Este es precisamente, el enclave de un fastuoso tesoro tartésico e importantes restos de cerámica. Cronológicamente, este tesoro puede ser fijado, en sus límites más amplios, entre los siglos VIII y III antes de Cristo. "Un tesoro digno de Argantonio" como afirma Juan de Mata Carriazo.

Los tesoros del Carambolo nos hablan de una clase social acomodada y de unos enterramientos de tipo principesco y con una alta significación religiosa reflejada en las muchas joyas destinadas a la ornamentación del culto. Así lo constatan los recientes hallazgos de santuarios y altares religiosos en la localidad de Coria del Río (Sevilla). Entre las producciones artísticas más características del tesoro de El Carambolo destacan como elementos más repetitivos las placas articuladas, los brazaletes, y un tipo de pendientes (las arracadas) que se caracterizan porque son de gran tamaño y con una decoración que rodea un cuerpo liso, como un fleco decorativo. Otra forma típica son las diademas, que se caracterizan junto los anillos, ya que se acompañan de aditamentos de piedras preciosas o semipreciosas. Son diademas muy elaboradas. Combinan placas articuladas con decoración floral, con colgantes que sirven de adorno (simples esferas, flores de loto, etc.). En los anillos se usan esas piedras preciosas o semipreciosas, sobre todo en los anillos giratorios.

Hacia el siglo X-IX a.C. se producen los primeros contactos esporádicos con los navegantes fenicios que más tarde, a partir del siglo VIII a.C., se convierten en relaciones comerciales regulares. Los productos de la minería tartesia (sobre todo cobre, plata y estaño), obtenidos de las cuencas mineras de Riotinto y la vecina Aznalcóllar, eran demandados en dura competencia por los comerciantes fenicios y los helenos. No es casualidad que el centro operativo básico de los fenicios, Gadir (Cádiz), se ubicara en la desembocadura del río Guadalquivir, la región nuclear tartésica. Acudieron los fenicios con sorprendente diligencia a sacar partido de las posibilidades que los tartesios habían empezado a poner en valor en las feraces tierras peninsulares, y de sus ambientes geográficos próximos o accesibles desde ellas, sobre todo en la obtención de metales y de sus productos. Los fenicios fueron principales agentes de la obtención de esas mercancías tan simbólicas y preciadas, sea por el comercio, sea por la aportación de una tecnología que desarrolló su actividad en talleres directamente actuantes en Tartessos, regentados por fenicios o por tartesios adiestrados en las mismas prácticas artesanales. Para los fenicios, este enclave gaditano era vital para establecer rutas comerciales en el Mediterráneo.

Se conoce ahora un afán de control que, además de fuertes establecimientos en la costa, se proyectó con gran fuerza hacia el interior, en un rápido proceso que pudo resultar casi asfixiante para los tartesios, puesto de relieve en estos últimos años. Grupos de fenicios se trasladaron diligentemente al interior, donde tomaron plaza muchas veces formando colonias de comerciantes y artesanos en, o junto a, los asentamientos tartésicos, como debió de ocurrir en varios pueblos sevillanos, una plaza principal para el control del bajo valle del Guadalquivir, apoyo de la vía terrestre

que por el valle seguía el curso del río; o propiciando la creación de centros nuevos, como se sospecha ahora que fue el caso de la misma Spal (la actual Sevilla). Así, siguiendo el caudal del Guadalquivir, se adentraron en la península, asentándose y explotando el valle medio del río y su periferia, en la cual se halla el Aljarafe sevillano.

Según Sebastián Celestino Pérez, es fácil suponer que una vez entrada en crisis la zona nuclear, el exceso demográfico que se generaría debió ser absorbido por las zonas periféricas que años atrás la abastecieron. La importancia que toman áreas geográficas como la cuenca media del Guadalquivir, el Algarve o la Baja Extremadura, se consolida precisamente a partir del siglo VI, siendo a mediados del V a.C. cuando alcanza su mayor expresión, como queda reflejado en necrópolis, poblados y complejos arquitectónicos que se distribuyen con cierta densidad por estas zonas de la periferia tartésica. Sin este aporte poblacional periférico es difícil entender la explotación económica, fundamentalmente minera, que consolidó cultural y económicamente la zona tras la colonización histórica. La absorción de ese excedente poblacional debió incidir positivamente también en la extensión de los terrenos cultivables y desarrollo agrícola, en la explotación masiva de la ganadería y, consecuentemente, en una mayor complejidad organizativa que, hoy por hoy, aún se nos escapa de las manos, pero que no debió ser muy distinta de la que se ensayaba anteriormente en el núcleo tartésico.

La zona periférica jugaría un papel determinante mediante este aporte demográfico al núcleo tartésico, lo que repercutiría en la mayor capacidad de los personajes destacados de estas zonas para controlar los puntos estratégicos de paso por donde circularían las primeras vías de intercambio comercial con el interior. A la postre, serán estas zonas de la periferia las que sobrevivan y se desarrollen tras la crisis tartésica, aprovechando los mecanismos heredados de su relación anterior.

Las causas que provocaron el declive de esta cultura están íntimamente relacionadas con el debilitamiento del comercio fenicio en las costas andaluzas, aproximadamente alrededor del 600 a.C. Los modernos datos arqueológicos parecen confirmar una presión fenicia que pudo conducir a fricciones o conflictos abiertos con los tartesios, dirigida a controlar cuanto fuera posible la red económica de éstos y la estructura política que la aglutinaba. Además, la actividad en torno a Tartessos llenó en este extremo del Mediterráneo el plato de la oferta de una balanza que tenía en el otro extremo el de una demanda cada vez más exigente, sobre todo de metales, como la asiria. Se observa el abandono de muchas de las ciudades y necrópolis fenicias y si no se abandonan en su totalidad se reconvierten. Esto culmina en el apoyo de los tartesios a los griegos, lo que agrava su relación con los fenicios. Son razones de tipo político. Tartessos tiene dificultades para dar salida a esos metales, y ello provoca un declive en una de las economías básicas de la cultura tartésica. Lo que entendemos por Tartessos experimentó, pues, una crisis notable en el siglo VI a.C. Pero, pese a algunos traumas, puede entenderse en alguna medida como una crisis de crecimiento, y no tanto de acabamiento. No obstante, la imposición de Cartago como nuevo líder de los semitas de Occidente, intensificó el afán de control y de dominio territorial de los fenicios en la nueva etapa púnica; y la creciente imposición de la metalurgia del hierro y otros fenómenos determinaron el paso a una etapa distinta.

Alrededor del 500 a.C., época que coincide con la primera eclosión conquistadora de los cartaginenses (también llamados púnicos), acaban las noticias de

Tartessos, que sucumbió probablemente a causa del expansionismo de Cartago, ciudad aunque fundada por los fenicios, llegó a disponer con el tiempo de un poder económico, político y militar mucho mayor que el que sus fundadores se hubiesen atrevido a soñar. De esta forma, los cartaginenses deshicieron el Estado tartésico en beneficio de la delegación fenicia de Gades (Cádiz).